

**Fascículo 16 - EL HOMBRE LIBRE**

(Mc.5,14-20)

**[CHARLAS DE ENTREACTO]**

— ¿Cómo es posible que se hayan escamoteado esas ideas? Son claras, entendibles. Pertenecen al patrimonio histórico del pensamiento humano. Son de nuestra propiedad, ¿por qué nos las han arrebatado?

— Cualquier acto de prestidigitación contiene un truco. Lo que el espectador ve como resultado de la acción está basado en una trampa. Con ello, el mago pretende encandilar al público, causar su admiración. Es su manera de lograr prestigio, fama y dinero.

A Marcos se le ha aplicado el ardid del prestidigitador. Se han ocultado sus ideas, haciendo aparecer una guirnalda de colorines. La trampa contribuye a agrandar la ignorancia, objetivo importante para quien domina. Además, en el fondo, a la gente le gustan los fuegos artificiales y las mandingas.

Pero ¿por qué nos han ocultado esas ideas? ¿Cuál ha sido la finalidad? ¿A quién le interesaba el cambio? ¿Quiénes son los beneficiarios y qué partido sacan del embobamiento de la gente?

— Los cerdos estuvieron comiendo sin parar en tanto el hombre sometido se deshacía a golpes, gritando y anhelando la libertad. Hasta que no tomó la decisión, ni supo lo que era ser libre ni los cerdos dejaron de engordar.

Nosotros estamos acostumbrados a oír el evangelio de una determinada manera. Hemos convivido desde pequeños con esas ideas hasta el punto de haber construido con ellas una parte importante de nuestras vidas. Ahora..., de golpe y porrazo, nos encontramos con una explicación maravillosa de Marcos que hace añicos el sentido tradicional dado al evangelio. Resulta muy duro que se te resquebrajen los muros de carga construidos en tantos años. Y... tenemos un problema..., nos falta capacidad para justificar la lectura que nos han enseñado, defendiéndola ante la que estamos oyendo.

El tema de los cerdos colmó el vaso.

**CUARTO Y PENÚLTIMO ACTO**

— Queremos ver cómo termina el episodio del hombre violento.

— ¿Cómo llamaremos a este acto?

— Este penúltimo acto podemos titularlo: “**Miedo al hombre libre**”.

*“Los porquerizos salieron huyendo, lo contaron en la ciudad y en las fincas, y fueron a ver qué significaba lo ocurrido. Llegaron adonde estaba Jesús, contemplaron al endemoniado sentado, vestido y en su juicio, al mismo que había tenido la Legión, y les entró miedo. Los que lo habían visto les refirieron lo ocurrido con el endemoniado y también lo de los cerdos. Entonces se pusieron a rogarle que se marchase de su territorio.”* (Mc 5, 14-17).

El desastre sobrevenido al enorme patrimonio constituido por la gran piara daba pie a introducir en escena nuevos personajes que intervendrán aportando otros matices a la ilustración.

En la entrada de este acto hemos leído: “*los porquerizos salieron huyendo*”. Si bien la traducción que seguimos se refiere a estos nuevos personajes con la denominación “*los porquerizos*”, el texto original los identifica relacionando estrechamente su actividad con el engorde de la manada. Así, para designar a estos individuos por su función, se emplea el participio sustantivado, “*los que apacentaban*”, del mismo verbo (*apacentar, alimentar*) utilizado en el acto anterior para indicar la entrega total de los cerdos a echar barriga.

De esta manera, nuestro narrador enmarca la tarea de estos nuevos personajes dentro del área de la producción económica. La fórmula “*los que los apacentaban*”, aplicada a los sujetos, no pone el acento en la amplia función de cuidar cerdos sino en la específica de hacerlos engordar.

Habría resultado verosímil que los responsables de inflar a los puercos intervinieran a tiempo, intentando detener el fatal arranque de los cochinos. Sin embargo, como podéis constatar, la narración no se guía por sucesiones lógicas, sino didácticas. Mencionados en plural, “*los que los apacentaban*”,

ellos representan un estrato social ocupado en labores de mantenimiento y auge del capital acaparado. No harán más papel en el relato que el de simples intermediarios. Su paso por la escena será, visto y no visto. Si rápida ha sido su entrada, su salida se hará a escape. Su participación comienza y termina cuando ha concluido la debacle de la marranería. En su breve intervención, no dieron precisamente la cara: “*salieron huyendo*”.

La resolutiva acción transmitida por el verbo *huir* o *darse a la fuga* reduce la capacidad operativa de estos individuos a su servilismo respecto a la dominación económica. Los responsables del engorde patrimonial no saben interpretar el hundimiento económico como signo de la naciente libertad.

Su colaboración terminará, de conformidad con su condición de subordinados, con una intervención diligente, narrada por Marcos de la siguiente forma: “*lo contaron en la ciudad y en las aldeas*”.

Dense cuenta del detalle: Marcos no tiene reparos en dejar ver la ingenuidad de su lenguaje figurado. Cuenta, para ello, con la complicidad del lector. De este modo, siendo evidente la imposibilidad de realizar una excursión tan dilatada en tan escaso tiempo, nuestro narrador presenta a los servidores de la riqueza patrimonial comunicando en un instante, a través del amplio territorio, la caída hasta el fondo de los valores patrimoniales, y la consiguiente bancarrota.

La narración deja suponer al lector las noticias transmitidas por los encargados de cebar a la gran piara. A pesar de no concretarse, la lógica de los acontecimientos y la continuación posterior del relato imponen entender que su contenido se limitó estrictamente a informar sobre la devastación sobrevinida a la base del sistema económico-financiero.

Marcos omite a todas luces la identificación de los interlocutores a quienes se dirigen los comentarios. No hay alusión a personas. Se determinan únicamente los foros adonde se aportó la información: “*en la ciudad y en las aldeas*”.

Uso el término “*aldeas*” porque el original griego de Marcos puede ser entendido como *campo, finca rústica o aldea*. Por su paralelismo con “*ciudad*” quizás sea preferible traducir por “*aldea*” ya que el término “*finca*” puede despistar en nuestra cultura actual. Lo importante es entender que Marcos, con esta manera de expresarse, se está refiriendo a los medios rurales.

Las dos realidades sociales mencionadas, una en singular (*ciudad*) y la otra en plural (*medios rurales*), son los focos adonde desemboca la noticia. Unidos, conforman la sociedad estructurada en núcleos de concentración humana, organizados de acuerdo con un modelo económico con dos vertientes complementarias. A ambos incumbe e interesa el dato. El agotamiento del flujo económico conlleva inevitablemente el desfallecimiento del cuerpo social alimentado por él.

El derrumbe de los cerdos representa un grave problema para la estructura socio-económica. Se trata de un ataque al corazón del sistema. El infarto en las fuentes económico-financieras afecta letalmente a los tejidos sociales. Los medios rurales pierden sus ritmos eminentemente productivos y los centros urbanos se debilitan al quedar frustrada su energía consumidora.

Al paralizarse el tráfico, los canales comerciales que recorren el organismo social entre unos y otros se desecan. Se genera, por tanto, un estancamiento en cadena. Aflora, entonces, la fragilidad de los órganos viciados: intermediarios, burócratas, controladores, jefecillos, funcionarios, cambistas, usureros, asesores, timadores legales..., de un cuerpo social sin consistencia ni auténtica cohesión...

Pero, dentro de la organización, los más afectados por la mala noticia son los ostentadores de la propiedad del fenomenal patrimonio. Éstos, a su vez, tienen más interés que nadie en sostener el régimen de dominación del imperio. Incluso la invasión. La quietud que proporciona su presencia militar les beneficia sobremanera. La bota romana acoraza su patrimonio; consigue la invulnerabilidad del sistema que, como dueños, tan bien les viene. Los poseedores de la riqueza padecen de una severa alergia a las transformaciones políticas y sociales, susceptibles de aminorar sus niveles de renta.

Después de cumplida su fugaz tarea de comunicar el *crac*, los encargados de mantener fortalecida la base económica desaparecen completamente de la escena. La fatídica noticia da entrada a nuevos e innominados actores: “*y fueron a ver qué significaba lo ocurrido*”.

Intervienen con inmediatez y motivación. La preocupación los impulsó a desplazarse. Su objetivo se centró en verificar personalmente lo ocurrido con el ánimo de examinar los hechos en profundidad.

Al no definir a los sujetos, Marcos confía al lector el reconocimiento de sus identidades a partir de los datos aportados por él. Lo mismo hizo al comienzo de este episodio, al dejar en la sombra a los personajes que violentaban y encadenaban al hombre esclavo. Es muy probable que nuestro hábil

narrador desee que no nos pase por alto esa coincidencia, y nos sugiera la proximidad entre unos y otros. Pero avancemos en nuestro esfuerzo por conocer quiénes son.

A la mayoría social de la ciudad y los medios rurales, corresponde la incontable variedad de individuos que, en mayor o menor medida, se sienten comprometidos con el sistema, esconden en él sus intereses y se ven afectados por los valores en que habían invertido su vida. Son personas integradas, defensores de la cultura basada en la producción y el consumo, representada aquí por el esquema medio urbano – medio rural. Sobre ella se asienta el equilibrio social y económico del que ellos sacan partido. Son los damnificados del marrano hundimiento. A mayor implicación en la base económica, mayor pérdida y, por lógica, mayor interés por indagar en la raíz del problema.

El hecho de que los porquerizos fueran, como subordinados, a los centros sociales de los que dependía la gran piara, da la pista de que los máximos responsables del patrimonio eran a su vez los mayores perjudicados y los que, por tanto, mostraban más apego a la riqueza volatilizada. Los poseedores del ingente capital constituían, sin duda, el núcleo protagonista del movimiento de inspección. Ellos representan a todos los que en alguna medida participaban de los fondos económicos que han tocado fondo.

Cuando los oscuros personajes relacionados con la posesión del patrimonio alcanzan el escenario donde ocurrieron los hechos, surge un decorado distinto. Marcos lo incluye al destacar su movimiento de aproximación: “*Llegan adonde estaba Jesús*”.

De momento, ha desaparecido la anterior escenografía. No ha quedado ni sombra del monte. El espacio está dominado por la figura impresionante del Galileo, al que se dirigen los representantes de los innominados personajes: “*adonde estaba Jesús*”. Él sí tiene nombre.

Sin preguntas ni respuestas acerca de lugares, hechos o personas, el texto obvia preliminares. Presenta a los recién llegados junto al extranjero venido de Galilea, el que ha originado la crisis en el sistema; el que libera: Jesús.

Ellos siguen su plan. Sin mediar palabras, analizan la situación antes de tomar decisiones: “*contemplaron al endemoniado sentado, vestido y en su juicio*”. La figura del hombre libre atrae su atención.

Curiosamente, han pasado de largo ante el destino fatal de la gran piara.

Los representantes de la propiedad y de la mayoría social pasaron de la interfecta marranería. Su preocupación se concentró en el hombre liberado, al que el narrador llama: “*el endemoniado*”. En este caso, el participio no sugiere actividad, sino que define a la persona. Esto ocurre cuando la praxis de un individuo es tan constante y notoria, que se le reconoce por ella, incluso después de muerto, como ocurrió en el caso del Bautista.

Su violencia subversiva permanente sirvió para etiquetarlo. El mote interesó al narrador para evidenciar el abismo existente entre el hombre esclavo y el hombre libre. Los nuevos personajes se fijan en él. No tienen dudas sobre su identidad. La imagen que descubren en el hombre libre los sobrepasa.

De entrada, observan su posición: “*sentado*”. Sin indicación de lugar, distinguen al ser humano, pacífico después de su liberación, en contraste con su actitud anterior permanentemente agresiva. Frente al hombre dominado, la posición “*sentado*” permite contemplar su serenidad, el dominio sobre sí mismo, y su autoridad sobre las circunstancias que lo rodean.

Aparece vestido, como signo de la grandeza de su condición humana. Por oposición a desnudo, que es el estado infortunado de prisioneros, cautivos y deportados. Estar vestido simboliza la alta categoría del ser humano, dueño de su libertad.

Para la mentalidad del Antiguo Testamento ir desnudo es signo de prisioneros o fugitivos. El pobre no va sin ropas, las lleva escasas o en malas condiciones.

Por último, ven al hombre “*en su juicio*”. Se halla en el polo opuesto a la demencia. Ha logrado recobrar su propia individualidad, alejándose de la despersonalización a que lo sometían ideologías ajenas a su condición humana. Había abandonado la razón por la agresividad. Por eso, en ese estado, no se reconocía al sujeto en sus intervenciones.

Recuerden la dificultad para saber quién hablaba, el individuo o las ideologías que lo alienaban. Esa confusión desapareció inmediatamente que el esclavo se decantó por la libertad. Al despojarse de la violencia, recuperó su talante natural.

Tras mostrar su integridad, el detalle adicional con que Marcos remata la imagen del personaje da relieve a su estrenada categoría humana. Lo hace, exponiendo de nuevo su sombrío pasado, dominado por los que impedían esa posibilidad: **“al que había tenido la Legión”**. La indicación alude a dos sujetos, al sometido y a sus opresores. Por un lado, la fórmula, **“al que había tenido”**, se refiere al hombre esclavo en su dilatada experiencia como enajenado y desposeído de libertad. Por otro, bajo el nombre de **“la Legión”** se alude a la estructura que impone mediante la violencia ese estado infrahumano.

Respecto a los que la poderosa maquinaria otorga la condición de dueños, ahora frente al ser humano libre, dice Marcos: **y les entró miedo**.

La libertad impone y asusta. Mientras el ser humano está oprimido, se encuentran soluciones a sus protestas o a su posible subversión, por violenta que ésta sea. Para la libertad, en cambio, no hay remedio. La libertad que reniega de los valores del sistema donde el ser humano se encuentra atrapado, desmonta el régimen económico que da a los dueños su vigor, pone en crisis el entramado social organizado por ellos, y hace temblar de miedo a los que ostentan, con la propiedad, el máximo poder.

Como si fueran suyas, el sistema concede libertades, recelando de la que permite recobrar la grandeza humana. Ellos consideran la libertad del hombre como el factor desencadenante de la caída en picado del modelo económico. El rechazo de ese modelo por parte del ser humano libre representa un peligro real para el sistema, que ve en la liberación del esclavo una pérdida de su fuente de alimentación y un riesgo evidente para su privilegiada posición.

Da que pensar que no se advirtiera miedo ante la violencia revolucionaria. Ella no suponía riesgo alguno para el sistema. Se neutraliza con agresividad. El fanatismo violento comparte el ADN del poder; y el poder, conociendo tan a fondo su debilidad, no tiene dificultad en reprimirlo. La libertad, en cambio, es extraña al sistema. No se puede contener.

A los analistas, no les causa satisfacción la visión del ser humano en todo su esplendor. Sienten miedo ante él. Se complacen con esclavizado, pero temen al ser humano libre en su apogeo. En esa condición no les aporta plusvalías. Para ellos, el valor se halla en los puercos.

Marcos prosigue su lección, incorporando a otros personajes que, igualmente desconocidos, irrumpen de golpe para decir lo que los analistas no habían preguntado: **“los que lo habían visto les refirieron detalladamente lo ocurrido con el endemoniado y también lo de los cerdos”**.

Parecería ilógica la actitud de los que vienen a investigar. ¿Por qué no preguntan por sus cerdos, nada más llegar? Fíjense, sin embargo, que ninguno de estos personajes colectivos interviene directamente en la escena. No hay diálogo entre ellos ni de ellos con el Galileo. Es Marcos quien narra sus actuaciones.

Ellos, aunque poderosos, carecen de personalidad. Nuestro narrador omite su interés por los cerdos con el propósito de destacar lo que verdaderamente les trae de cabeza: la libertad del hombre.

La narración registra como sujetos a unos testigos de los hechos, ignorados en el relato, pero útiles como recurso literario para poner en conocimiento de la comisión venida a tal efecto los detalles de lo acontecido. Estos nuevos personajes no intervienen en la escena ni cuentan directamente los acontecimientos. Sin embargo, la forma de denominarlos (**“los que habían visto”**) apunta a su autoridad como conocedores del hombre esclavo, del hombre libre, del proceso de uno a otro, de las causas de esa transformación y de las graves consecuencias provocadas con su liberación.

La anotación de Marcos **“refirieron detalladamente lo ocurrido”** sintetiza la meticulosidad con que los desconocidos testigos dieron la información. Como consecuencia de ello, deja también deducir al lector, que los individuos con capacidad ejecutiva obtuvieron abundancia de datos para elaborar el análisis con el que tomar sus decisiones.

Habría bastado detener aquí la escritura para dar por sabido que la información llegó a sus destinatarios con todos sus pormenores. Sin embargo, Marcos, que no deja cabos sin atar, precisa: **“...al endemoniado y también lo de los cerdos”**. De los dos acontecimientos, se destaca como hecho fundamental lo sucedido con el hombre, al que se denomina otra vez **“el endemoniado”** para resaltar su diferencia con el que ahora tienen delante de sus ojos sentado, vestido y en su juicio. El suceso de los cerdos se enuncia con una fórmula más diluida (**“lo de los cerdos”**), poniendo este segundo acontecimiento en dependencia del primero.

La indicación de Marcos respecto al hecho de que los testigos aportaran los dos hechos relacionados no deja lugar a dudas sobre la forma de interpretar la vinculación entre uno y otro. Los cerdos se lanzaron barranco abajo como consecuencia de la opción del hombre esclavo por la libertad. Con estos datos en

su haber, no hay razón para pensar que los comisionados de la propiedad no hubieran captado la oposición total entre libertad y patrimonio.

La reacción de los representantes de los instalados es síntoma inequívoco de que las conclusiones obtenidas en su investigación fueron las correctas. Con la mención de la posición política adoptada por ellos, resume Marcos certeramente su dictamen definitivo ante lo acontecido: “*Entonces se pusieron a rogarle que se marchase de su territorio*”.

Esta respuesta frente a los hechos invita al lector a imaginar que, en su versión, los testigos comentaron la intervención del Galileo en lo sucedido, porque según nuestro narrador, la decisión política le afectaba únicamente a él. La resolución tomada por el comité ejecutivo no hace mención de los cerdos ni de su desgraciado final. No hay lamentaciones ni amonestación ni solicitud de indemnización ni diálogo alguno. Sólo la exigencia al Galileo. Nada más.

El infinitivo “*rogar*”, anteriormente en boca del hombre alienado para pedir al Galileo “*que no los enviase fuera del país*”, destaca aquí por ese sentido formalmente educado con que suelen exigir los propietarios de la tierra cuando, además del inmovilizado material, tienen la vara en la mano. Porque la petición conllevaba exigencia. El verbo griego empleado para dictar la orden disfrazada de ruego, “*que se marchase*”, tiene carácter fuerte; indica con severidad la inmediatez con que ha de ser acatada.

La expresión que delimita el lugar de donde debe desaparecer el Galileo se muestra reveladora. Marcos termina con ella su comentario sobre la intervención de los poderosos personajes y cierra este penúltimo acto. Aunque la traducción (“*de su territorio*”) es correcta, quisiera que saborearan los jugosos matices del texto original de Marcos, que en su literalidad dice: “*lejos de los límites de ellos*”.

La indicación supone amplia distancia de seguridad. Para referirse al lugar de donde debe mantenerse distante, marcan la línea que acota con exactitud la zona prohibida. De ahí que la excelente traducción que nos sirve de lectura base haya escogido con acierto la palabra *territorio*. El apunte: “*de ellos*” enarbola la bandera que avisa en la zona fronteriza tanto de la entrada al lugar como de la identificación de sus dueños.

La actuación narrada por Marcos confirma la capacidad de decisión política de sus autores y su condición de dominio sobre el territorio. Esta última expresión, “*su territorio*”, certifica que los sujetos son los propietarios de la tierra. Su práctica política carece, pues, de vacilación. Han optado por la convivencia y la connivencia con el imperio dominante. Les tiene sometidos, pero, a su vez, esa situación de servidumbre les proporciona estabilidad a su estructura social y económica.

El coste humano para obtener sus pingües beneficios importa menos a los propietarios de la tierra. La resultante esclavitud de las personas aplastadas por la poderosa maquinaria resulta imprescindible para la consolidación y el incremento de su patrimonio.

Ahora bien, nuestro hombre esclavo se ha liberado, abandonando su fanatismo violento y reformista, la única línea de conexión que le mantenía amarrado al sistema. Sin ser esclavo, la estructura económica se resiente. El ser humano libre representa un peligro letal para el sistema porque deja de prestarse a la farsa de su entramado. El sistema de poder no teme al reformismo, por muy violento que éste sea. Siente, sin embargo, un miedo visceral a las consecuencias del programa alternativo del Galileo al que prefieren tener *lejos de los territorios suyos*. Les viene mejor un monte decorativo, muy útil para mantener el sosiego necesario para el engorde de la gran piara.

Como han podido comprobar, Marcos ha avanzado bastante el dibujo del esclavo, ahora convertido en hombre libre. La lección del Galileo a sus discípulos sobre la práctica política de su proyecto ha sido perfectamente recogida por Marcos en su ilustración del individuo que opta por la alternativa de sociedad. Su lección ha podido ser seguida por los lectores con todo lujo de detalles. Cerramos el telón de este cuarto acto.

.....

### **[CHARLAS DE ENTREACTO]**

— Tengo la sensación de estar viviendo una historia imposible. Porque esto no es normal. ¿No suscita dudas esta forma de entender el evangelio, tan alejada de lo enseñado durante siglos por expertos en la materia? ¿Cómo se ha llegado a semejante desatino? ¿Por qué la injusticia ha campado a sus anchas, mientras los expertos se hacían los sordos? ¿Por qué los expertos le doraban la píldora a los poderosos, exigiendo el conformismo a los desahuciados? ¿A qué han estado jugando los expertos...?...¿El planeta se va al carajo... y los expertos siguen con sus especulaciones!...

— Pero ¿no resulta chocante que el evangelio se mezcle en temas de dineros y de política sin hablar una sola palabra de la divinidad de Jesucristo?

— Mira qué curioso, yo lo veo al revés. A mí lo que siempre me pareció extraño... e inhumano... es que el Galileo no se enfrascara en los asuntos que verdaderamente nos importaban...

— Para explicar el evangelio hemos extendido con naturalidad un lenguaje que ataca las bases de nuestra convivencia y discute el estado de derecho. ¿Qué necesidad hay de hablar así?

— Un momento, un momento. Aclaremos. Yo mantengo mis reservas sobre el proyecto del Galileo. Pero, eso sí, veo con nitidez que su discurso no ataca las bases de nuestra convivencia. En todo caso, descubre la carencia de bases en las relaciones humanas.

Y respecto al llamado estado de derecho, ¿quién ha dicho que no se pueda cuestionar? ¿No es esa tesis un indicio evidente de ideas totalitarias? De todas formas, el Galileo lo que pone en tela de juicio es el estado en que se encuentra el ser humano. Antepone su derecho a cualquier otro, incluso al derecho del estado. No confundamos...

— ¿Vamos a negar ahora que hemos hablado del derrumbe de la estructura económica y social?

— No se trata de un plan para derrocar el sistema de poder, sino de la demostración de que en la libertad está su debilidad.

— Eso último se contradice con la realidad. Los países libres somos los que hemos logrado un mayor desarrollo y fortaleza.

— Los de mayor desarrollo y fortaleza somos los que hemos cometido los mayores desmanes con total impunidad. ¿Se puede llamar libre a un país que elige al más idiota para que lo dirija, concediéndole la posibilidad de apretar un botón y mandarnos a todos a hacer gárgaras? Confundir la libertad con la permisividad para desforestar un planeta y situarlo al borde del colapso acarrea funestas consecuencias. Bajo la bandera de la libertad, hemos protegido a los mayores criminales, hemos amparado que unos cuantos se hayan adueñado de la tierra dejando a los muchos sin nada.

— Sacamos unas conclusiones de la lectura de Marcos, que no son contrastadas con otra interpretación hecha por una voz autorizada y competente. Por este camino llegaremos a negar la propiedad privada, que es algo que pertenece al derecho natural.

— Yo no creo que sea natural el derecho. Cuando los españoles llegamos a América hace ya bastante tiempo, les quitamos las tierras a los que estaban allí hacía muchísimo... ¡más! Y de igual forma actuaron los ingleses, los franceses, los portugueses, los holandeses...; todos los que tenían espadas, escopetas, pistolas, cañones... ¡Cuidadito!... Que más me creo yo que la propiedad de la tierra sea cosa de escopetas..., que de derechos. Porque el derecho vino después de la violencia... ¿A que sí?... Anda, fíate tú de cualquier derecho...

## **QUINTO Y ÚLTIMO ACTO**

Teófila tomó el libro de Marcos y nos dispusimos a conocer el final de aquella lección ilustrada de práctica política.

*“Mientras subía a la barca, el antes endemoniado le rogaba que le permitiese estar con él, pero no lo dejó, sino que le dijo:*

*— Márchate a tu casa con los tuyos y cuéntales cuanto ha hecho el Señor por ti, mostrándote su misericordia.*

*Se marchó y empezó a proclamar por la Decápolis cuanto había hecho Jesús por él; y todos se sorprendían.” (Mc 5, 18-20).*

El cambio de decorado anuncia el momento final del relato. Ante la vista tenemos el último escenario: *“Mientras subía a la barca”*. El Galileo se marcha sin haber dirigido la palabra a los poseedores de la tierra aquella. A ellos no les interesa su mensaje; prefieren tenerlo lejos. No hay nada que decir. La barca ocupa todo el panel. Mencionada al principio y ahora en la conclusión, cobra un protagonismo especial como figura de la sociedad alternativa, envolviendo el núcleo central del relato.

La barca recuerda también al olvidado grupo de discípulos que, en silencio, ha recibido la lección. La crisis desatada durante la tempestad ha sido adecuadamente orientada por el Galileo. Es hora de regresar.

En este nuevo entorno, con la barca sobresaliendo, sin mención de la mar o la orilla, Marcos introduce la acción: *“el antes endemoniado le rogaba que le permitiese estar con él”*. En esta ocasión, nuestro narrador no llama al hombre con el mote por el que era conocido, sino utiliza una forma verbal distinta,

*“el que estuvo endemoniado”*, para retirar la carga negativa de su denominación. Al referirse a él de este modo, hace valer su condición de hombre libre.

El hombre expresa su profundo deseo: *“rogaba”*. El objeto de su petición: *“que le permitiese estar con él”*, admitiría traducirse con mayor brevedad; es decir: *“estar con él”*.

La expresión *“con él”* muestra el verdadero alcance del ruego del hombre.

Su experiencia de la libertad le lleva a contemplar el proyecto del Galileo como verdadera alternativa. El hombre esclavo era asocial en una sociedad injusta. Una vez libre, se inclina a formar parte de una sociedad de iguales, donde la cohesión (*“con él”*) es la característica fundamental que la define.

Esa es la lectura del hombre; por eso solicita agregarse al grupo de la barca donde entra el Galileo. La barca, representando su proyecto, aparece al final del relato anunciando el modo de resolver la crisis planteada por los discípulos. El hombre libre se perfila como modelo de seguidor. El grupo tendrá que aprender la lección.

Marcos presenta la respuesta del Galileo con una introducción compuesta por dos frases en paralelo: *“pero no lo dejó, sino que le dijo”*. La primera de ellas, *“pero no lo dejó”*, no debe interpretarse como rechazo del Galileo a la petición del hombre, sino como opción descartada ante la importancia del encargo que le va a encomendar a continuación, y al que hace referencia la segunda frase: *“sino que le dijo”*.

La indicación al hombre: *“Márchate a tu casa con los tuyos”*, cambia la orientación práctica deseada por él. La primera parte de la instrucción, *“márchate a tu casa”*, coincide a la letra con la indicación dada al paralítico (2, 11). En ambos casos son palabras de integración en sus respectivos entornos. La única diferencia entre un caso y otro estriba en que, mientras para el paralítico la integración es el objetivo, para el hombre de la Decápolis representa la entrada al entorno donde va a desarrollar la tarea encomendada por el Galileo. Así pues, el imperativo *“márchate”* no debe entenderse como una expulsión, sino como base de una misión.

La expresión *“a tu casa”* indica dirección, camino a seguir. El término *“casa”* designa el grupo humano al que el hombre estaba adscrito por afinidad, cercanía ideológica, o pertenencia a una misma condición social. Materializa el entorno donde debe realizar el encargo confiado.

El Galileo especifica el destino: *“con los tuyos”*. El proyecto no separa ni disocia de la propia realidad. Es en ella donde se constituye y se realiza. En el círculo de los esclavos, encuentra su terreno apropiado, porque ahí se concentra especialmente la aspiración por la libertad y la justicia.

El Galileo transmite con detalle el objetivo de la misión: *“cuéntales”*. Al hombre le asigna idéntica tarea que al grupo de los doce. Deberá confirmar al grupo humano de oprimidos, al que él pertenecía, la posibilidad de la libertad que necesitan. Los que la impiden han conocido directamente su procedencia y han optado por los cerdos. No debe perderse el tiempo con los que obstruyen el auténtico camino del ser humano oponiéndose a la alternativa.

El Galileo termina su intervención exponiéndole al hombre libre el mensaje a transmitir: *“cuanto ha hecho el Señor por ti y qué compasión tuvo contigo”*.

El sujeto único, *“el Señor”*, se utiliza con artículo como nombre propio; guarda relación con la denominación *“Dios Altísimo”*, usada anteriormente por el hombre esclavo. Recordemos, que con este calificativo se resumían las tesis del hombre esclavo, coincidentes con las apuestas revolucionarias de los discípulos y con la imagen del Dios del Antiguo Testamento.

Al utilizar el nombre: *“el Señor”*, el Galileo le ofrece otra perspectiva. El concepto de Señor rompe la lejanía, lo acerca. Pero, ante todo, el Señor es el que se ha decantado sin reservas a favor de los oprimidos. Pero demuestra estar por la libertad, igual que hizo el Galileo: no interviniendo. Es al hombre a quien compete la responsabilidad de decidirse a favor o en contra de ella. Resulta obvio desde esta perspectiva que quienes sí han intervenido para adueñarse de la libertad del ser humano se han alineado en contra del *“Señor”*.

Dar el reconocimiento de Señor al Dios que no interviene, porque está situado incondicionalmente de lado de la libertad, supone considerar a todos los seres humanos como iguales y abogar por la justicia, que nace de la igualdad. Por el contrario, atribuirse la condición de Señor, genera la desigualdad y la injusticia.

La fórmula *“El Señor”* comporta que no hay otro. Quien se convierte en Señor usurpa fraudulentamente una condición que no le corresponde. Los que aceptan la soberanía del Señor

anuncian el tiempo nuevo; la llegada de la etapa definitiva, donde reina el ser humano libre. Por eso rechazan cualquier desigualdad. Su realidad social representa el fracaso del sistema.

Volviendo al mensaje a transmitir, “*cuanto ha hecho el Señor por ti y qué compasión tuvo contigo*”, veamos cómo se entiende cada una de las indicaciones.

La acción que corresponde al sentido del verbo original, es decir, lo que el Señor *ha hecho y sigue haciendo*, no alude a ninguna intervención directa, sino que está referida a la libertad que el hombre ha podido y puede seguir experimentando. La plenitud humana, expresada en la figura del hombre libre, representa el horizonte que se alcanza y se mantiene cuando se renuncia definitivamente al poder y se acepta la soberanía de la igualdad que garantiza “*el Señor*”.

Respecto a la segunda parte, “*qué compasión tuvo contigo*”, apunta a la nueva realidad del hombre. Isaías llama a Dios “*el Compasivo*” para señalar su favoritismo hacia los desamparados. Compadecerse no es un sentimiento de lástima desde lejos, sin mover un dedo hacia quien necesita ayuda. Es una acción comprometida. La compasión supone acogida hacia alguien en situación de desvalimiento. La acogida del “*Señor*” se opone a la acción de desamparo promovida por los señoritos.

La compasión entra inevitablemente en conflicto con el poder. Los poseedores de la tierra invitaron a salir de su territorio al Galileo por haberse alineado a favor del esclavo, alentando su opción por la libertad. El compromiso con el oprimido conlleva inexorablemente la enemistad declarada del opresor.

Frente a las dudas del hombre esclavo, ¡y de los discípulos!, respecto a que el Galileo se desviara de las Sagradas Escrituras y de sus verdades reveladas sobre la fuerza y el dominio como métodos de intervención divina para conquistar la libertad, él desmonta la falsedad de los santos criterios. La violencia, por muy sutil que sea, es propia del poder, no del Señor, cuyo posicionamiento absoluto por la libertad demuestra su condición de compasivo alineado a favor de los débiles.

El ser humano libre es el referente ante los que van a recibir la noticia. No se trata de un mensaje teórico, sino de una palpable realidad.

La admisión del personaje en la barca no encajaba en la lógica del relato. Con independencia de su carácter figurado, él seguía siendo para los lectores un modelo de discípulo distinto al representado por el grupo de seguidores, en momentos de crisis. Tampoco la barca, a causa de esa situación sin resolver, estaba para recoger a nadie. Por último, incorporarlo al grupo significaba desligarlo de su entorno. Se ve razonable que no se privara al colectivo de los esclavos de un mensaje y una realidad esperanzadores. El Galileo le devuelve, pues, al núcleo de oprimidos a anunciar la posibilidad de transformación humana y su consecuencia inmediata: el derrumbe de los cerdos.

Marcos terminó su episodio describiendo la reacción inmediata del hombre libre: “*Se marchó y empezó a proclamar por la Decápolis cuanto había hecho Jesús por él*”. El comportamiento del hombre se ajusta de manera muy peculiar a la misión encomendada por el Galileo.

La primera acción, expresada con firmeza, “*se marchó*”, no deja lugar a pausas ni a reticencias; responde al imperativo, “*márchate*”, con que le impulsaba el Galileo. Con su disposición, acredita entrega y lealtad. No nos debe pasar inadvertido, que ese mismo verbo fue el utilizado por la comisión de dueños para expulsar al Galileo de sus territorios. El hueco dejado por él, lo cubre el hombre libre, al que nuestro protagonista envía en su lugar a proseguir su acción liberadora. El modelo de discípulo se identifica plenamente con el mensaje del Galileo, hasta el punto de reemplazarle en su tarea de comunicarlo. No hay que olvidar que Marcos escribe su texto después de que el Galileo hubiera sido ejecutado. Hace, pues, una invitación al lector a cubrir su ausencia.

Marcos resume el inicio y la continuidad de la actuación del individuo con la fórmula: “*comenzó a proclamar*”. La expresión muestra la claridad con que el hombre entendió el mensaje del Galileo (“*cuéntales*”) y lo adecuado de su respuesta. Como saben, ese verbo (proclamar) se emplea técnicamente en el Nuevo Testamento para significar el anuncio de la buena noticia. Aparece en el relato de la constitución de la sociedad definitiva para designar la actividad fundamental a llevar a cabo por el grupo de discípulos. Al ser resumida la actuación del personaje con ese verbo, Marcos le presenta como heraldo de la nueva sociedad.

Mientras los poderosos de la tierra, conscientes de las consecuencias fatales que el mensaje tiene para su régimen económico buscan desactivarlo alejando al Galileo de sus territorios; de manera simultánea, a partir de la eclosión de la libertad, se desencadena el movimiento del hombre libre que ocupa el puesto del Galileo.

Sin ser judío ni conocer el Antiguo Testamento, sin sentirse heredero de divinas promesas ni engreírse soberbio creyéndose erudito de Dios y poseedor de sus misteriosas verdades, el hombre, laico como el



Galileo, proclama la buena noticia. Sencillamente porque, habiendo sido esclavo, experimentó la grandeza de ser libre.

El Galileo lo había dirigido a “*los suyos*”, es decir, al conjunto de oprimidos con quienes compartía esclavitud y esperanzas. El narrador cuenta que el hombre consideró su campo de acción la región entera: “*por la Decápolis*”. Recordemos que el conjunto de las diez ciudades constituían una región bajo dominación romana. “*Los suyos*” eran los más, con menos. Llenaban el territorio. Por eso el hombre amplió tanto su campo de acción.

La frase que sintetiza el contenido de su pregón, “*cuanto había hecho Jesús por él*”, se corresponde con aquella otra, con la que el Galileo le apuntaba el argumento central del mensaje a transmitir: “*Cuanto ha hecho el Señor por ti y qué compasión tuvo contigo*”. La reducción de la frase se explica por el cambio introducido por el hombre respecto al sujeto que ha posibilitado una renovación tan radical en su existencia. El hombre mostró su coherencia. La no intervención del “*Señor*” destaca al Galileo como quien ha sido capaz de interpretar su alineamiento y, por eso, se ha comprometido con sus auténticos aliados: los desheredados de la tierra...

El cambio de “*Señor*” a “*Jesús*”, atribuido por Marcos al hombre, establece una identidad entre los supuestos anhelos del “*Señor*” y la praxis de nuestro protagonista. Para el hombre, la práctica liberadora del Galileo acredita el carácter definitivo de su proyecto. Lo liberador es lo auténticamente divino. Éste será el último detalle aleccionador de la figura del hombre libre a los discípulos; animarles a reconocer esa coincidencia, con el fin de que renuncien a su ideología política, enraizada en la violencia del sistema y justificada por las escrituras sagradas.

Marcos termina el episodio, describiendo la reacción de los receptores del mensaje proclamado por el hombre libre: “*y todos se sorprendían*”. Nuestro narrador generaliza el asombro a todos cuantos vieron al individuo en su plenitud humana y recibieron las noticias transmitidas por él. La utopía materializada, vista tan de cerca, fascina. El inesperado hombre libre representa la posibilidad real de transformación humana a partir de la propia opción personal.

Ahí acaba el episodio.